

Deísmo, librepensamiento y feminismo en la España del último tercio del siglo XIX: la singularidad de Rosario de Acuña (1850-1923)¹

Elena Hernández Sandoica
Universidad Complutense de Madrid

1. Introducción

Queda ya poco para que acabe este año 2023, en que hemos conmemorado la figura de Rosario de Acuña (Madrid, 1850-Gijón, 1923), una mujer de especial dimensión intelectual y política, relegada durante mucho tiempo a un oscuro rincón de la historia literaria española. La expulsó la *damnatio memoriae* del franquismo respecto a todo género de liberales, republicanos y masones, a trabajadores de izquierdas y, en especial, las mujeres entre ellos, muchas más de las que en un principio pudiera pensarse. El perfil de Rosario de Acuña, pese a todo, comenzó a recrearse hace ya años, primero en la década de 1960, desde Gijón y su Ateneo Obrero, donde se recuperaría el recuerdo residual de la escritora que quedase en Asturias, conservado también documentalmente en el exilio mexicano por el dirigente socialista Amaro del Rosal a partir del legado de Aquilina Rodríguez². Arrancando de ahí, fuimos contando con tratamientos literarios diversos, entre los que destaca la magnífica edición en cinco volúmenes de los textos de Acuña que realizó José Bolado García, en Asturias también, entre 2007 y 2009. Sin estos, ciertamente, muchos de los estudios posteriores

¹ Para Rosa María Capel, que acogió generosamente mi propuesta de interpelar empecinadamente a una peculiar tejedora de palabras, Rosario de Acuña, que anhelaría un futuro de razón y justicia.

² En el Archivo de la Fundación Pablo Iglesias, en Alcalá de Henares, se conservan los fondos que trajo a su vuelta a España y, entre ellos, unos pocos papeles y recuerdos de Rosario de Acuña: <https://fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/archivo/>.

Cómo citar: Hernández Sandoica, Elena. «Deísmo, librepensamiento y feminismo en la España del último tercio del siglo XIX: la singularidad de Rosario de Acuña (1850-1923)». En *Historia, espacio público y mujer (siglos XVI-XX)*, editado por Teresa Nava Rodríguez y María Dolores Ramos Palomo, 329-357. Madrid: Ediciones Complutense, 2025. <https://dx.doi.org/10.5209/his.003.12>

no hubiéramos podido realizarlos, ni sin un estudio esclarecedor e inaugural del colectivo masón en España como es el de Pedro Álvarez Lázaro³.

Tratamientos diversos de la escritora madrileña aparecen cumplidamente citados en la densa introducción a aquella obra magna de Bolado, así como en la página web que sostiene Macrino Fernández Riera y otros estudios posteriores. Voy por ello a reducir aquí el aparato crítico a lo imprescindible para sostener mi argumentación. Es obligado, sin embargo, mencionar de manera especial a dos autoras por su importante labor pionera: M. Carmen Simón Palmer –desde la literatura– y M. Dolores Ramos Palomo –desde la historia–, la primera de ellas temprana editora de las dos obras de teatro más conocidas de Acuña (*Rienzi el tribuno*, 1876, y *El padre Juan*, 1891), y la segunda estudiosa de referencia obligada en todo lo que toca a las mujeres republicanas y librepensadoras en España⁴. Como ellas, volvimos la vista hacia un nombre y una voz de mujer, Rosario de Acuña, cuyo eco como activista de la dignificación del sexo femenino, y a favor de una mujer liberada de la tutela de la Iglesia, alcanzó en su momento una resonancia y vigor excepcionales. De la radicalidad ascendiente de su voz, del impacto social derivado de sus actos, del coste personal que implicó su actuación... , apenas se recordaba nada desde la guerra civil. Pero Acuña había sido reconocida como *maestra* de muchas mujeres más tarde activas en la tarea de la emancipación, y como tal la habían apreciado Ángeles López de Ayala, las hermanas Amalia y Ana Carvia, o la muy conocida Carmen de Burgos. A lo sumo, su estela había quedado como un nombre sonoro en alguna calle, alguna senda, alguna escuela que se le dedicase en los años 30, luego rápidamente

³ José Bolado García, ed., *Rosario de Acuña. Obras reunidas*, 5 vols. (Oviedo, KRK, 2007-2009), con un importante estudio y ensayo biográfico: «Introducción: Rosario de Acuña, escritora y vida aventurada», en vol. I (2007), 23-463; Pedro Álvarez Lázaro, *Masonería y librepensamiento en la España de la Restauración (aproximación histórica)* (Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1985).

⁴ María del Carmen Simón Palmer, *Escritoras españolas del siglo xix. Manual bio-bibliográfico* (Madrid: Castalia, 1991); M.^a Dolores Ramos, «La República de las librepensadoras (1890-1914): laicismo, emancipismo, anticlericalismo», *Ayer*, n.º 60 (2005.4): 45-74. También, Sergio Sánchez Collantes, «El republicanismo libre de Rosario de Acuña (1850-1923): ni adjetivos, ni dogmas, ni rediles», en *Activistas, militantes y propagandistas: biografías en los márgenes de la cultura republicana (1868-1978)*, coord. por Eduardo Higuera, Rubén Pérez y Julián Vadillo (Sevilla: Athenaica, 2018), 183-208. Referencias bibliográficas actualizadas, en Macrino Fernández Riera, <https://rosariodeacu.blogspot.com/> y <https://www.rosariodeacu.es/obras/>, y en Solange Hibbs-Lissorgues, ed. e introd. *Leyendo a Rosario de Acuña en su centenario. Visiones finiseculares para nuestro milenio* (Madrid: Dykinson, 2023). También en Elena Hernández Sandoica, «Poseer la palabra y anhelar la justicia. Autonomía femenina y librepensamiento en Rosario de Acuña (1850-1923)», *Crisol* n.º 30 (2023). <https://crisol.parisnante.fr/index.php/crisol/article/view/615>.

rebautizadas en el franquismo, cuando se condenó a la escritora por su pertenencia a la masonería, casi veinte años después de estar muerta⁵.

Hoy ya no son raros los estudios sobre Rosario de Acuña, aunque todavía es frecuente que sea desconocida por los profesionales de las humanidades incluso, permaneciendo ajena al canon. Han aumentado las oportunidades de divulgar su imagen al hilo de las conmemoraciones locales (Pinto y Gijón) del centenario de la desaparición de la escritora, el 5 de mayo de 1923. Se sucedieron así aproximaciones –habladas o escritas– a su vida y su obra a lo largo del año, varias de ellas localizables en internet⁶. Nacida en Madrid, las iniciativas en la capital han sido de carácter privado, ligadas a las publicaciones más recientes. Imprescindibles son a esta hora, además de la insustituible edición de las *Obras reunidas* que editó José Bolado, los trabajos de Christine Arkinstall, Ana María Díaz Marcos, Solange Hibbs-Lissorgues, María José Lacalzada, Sylvie Turc-Zynopoulos, Asunción Bernárdez y Sergio Sánchez Collantes, y muy especialmente, la constante labor de estudio, recopilación y difusión que lleva a cabo desde hace años Macrino Fernández Riera, cuya decisiva presencia en construir la imagen más extendida de la escritora hay que subrayar. A la par, se han ido reproduciendo algunos de los escritos cortos de Rosario de Acuña en ediciones populares y, sobre todo, en internet. En papel, destaca la edición ilustrada del poema *Morirse a tiempo* que ha ofrecido Deméter.

2. Al encuentro de una desconocida

En lo que a mí respecta, vengo dedicándole a Rosario de Acuña escritos que empezaron a aparecer en 2012, el más incisivo de los cuales creo que es la biografía

⁵ Puede verse para ello mi capítulo en *Pioneras en la España contemporánea. La lucha de las mujeres por su emancipación*, ed. por Ana Martínez Rus y Rubén Pallol (Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 2022).

⁶ Destacan las iniciativas del Seminario de Historia Local de Pinto (VI Jornadas de Patrimonio Histórico Local), que ha puesto en marcha una exposición itinerante con Antonio García Menéndez como comisario, y cuenta con una publicación de interés (José Luis Esparcia *et al.*, *Rosario de Acuña y Villanueva (1850-1923). Vigencia de una pensadora* (Pinto: Seminario de Historia Local de Pinto, 2023), así como del Ayuntamiento de Gijón en el I Centenario de la muerte de Rosario de Acuña, que ha confeccionado una ruta cultural y una unidad didáctica a propósito de la exposición conmemorativa y exhibición del legado procedente del archivo de José Bolado, y ha propiciado alguna otra publicación sobre la autora por parte de uno de sus comisarios, Macrino Fernández. También la Escuela Feminista Rosario de Acuña, dirigida por Amelia Valcárcel igualmente en Gijón, ha dedicado este año 2023 (en su XX edición) un especial recuerdo a la escritora (<https://www.youtube.com/watch?v=2GX2gL81fzk>).

de la pensadora publicada en 2022 en la editorial madrileña Abada bajo el título *Rosario de Acuña. La vida en escritura*⁷. En sus muchas páginas procuro un seguimiento sistemático de los textos conocidos de Rosario de Acuña enlazados íntimamente a su trayectoria vital, según las fechas de su producción. A partir de ese hilo exploro zonas de sombra y recovecos de una configuración intelectual, una producción literaria y, en fin, una vida azarosa llena de quebrantos y de cuitas, pero una «vida buena» –según parámetros del espiritualismo afecto a la masonería que la inspiró–, en circunstancias políticas y personales complejas.

Sin las cartas a la propia Rosario y a sus padres descubiertas recientemente en la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid, procedentes de su familia y extenso círculo de amigos, no hubieran sido posibles las orientaciones novedosas de mi interpretación actual, que completan o matizan aquellas que comencé a esbozar en aproximaciones previas, ya hace años. Al decidirme a darle forma de relato biográfico, eché de menos no contar con aquellas supuestas *Memorias de mi vida* que Rosario de Acuña prometió a su amigo Bonafoux, a 9 de octubre de 1900. Para entonces la escritora, ya superados los dos tercios de su existencia, decía tenerlas dispuestas para publicar. Dudaba sin embargo de que pudieran verse editadas algún día, sospechando de sus muchos enemigos que las harían desaparecer, carente como estaba además de sucesión⁸. En caso de haber existido realmente, podrían llenar los vacíos y disipar las sombras que subsisten –mas no tanto quizá reforzar las luces–, pero lo cierto es que no las tenemos⁹.

⁷ Elena Hernández Sandoica, *Rosario de Acuña. La vida en escritura* (Madrid: Abada, 2022). «Rosario de Acuña (1850-1923). La escritura y la vida», en *Política y escritura de mujeres*, ed. por Elena Hernández Sandoica (Madrid: Abada, 2012), 171-328; «El poder ambidiestro del lenguaje: injuria, género y sexualidad en “La jarca de la universidad” de Rosario de Acuña, 1911», en *Espacio público y espacio privado. Miradas desde el sexo y el género*, ed. por Elena Hernández Sandoica (Madrid: Abada, 2016), 95-169; «Introducción», en *Rosario de Acuña. Hipatia (1850-1923). Emoción y razón* (Madrid: Abada, 2019), 9-41; «La maternidad espiritual de Rosario de Acuña. Cartas de guerra e intimidad epistolar», en *Rosario de Acuña. Hipatia*, 233-280; «Voces y silencios de Rosario de Acuña», *Baetica. Estudios Histórica moderna y contemporánea*, n.º 41 (2021): 295-335 (disponible en: DOI: 1024310/Baetica.2021.vi41.13387); «Rosario de Acuña y Villanueva (1850-1923): librepensadora, masona, republicana, filo-socialista y santa laica», en *Pioneras en la España*, 19-52.

⁸ Biblioteca Histórica Municipal (Madrid), FG 4739. «Pero no sé si se publicarán», dice Acuña, «pues en mi solitaria existencia no tengo seguridad de hallar afecto incorruptible que me herede, y de seguridad mis papeles serán escamoteados con infinita fruición por la infinidad de enemigos que pululan enfrente de mí [...]». No sería esta la única vez que temiese por sus papeles, y es cierto que muchos han debido desaparecer, y, desde luego, no es menor el número de veces que hace alusión Rosario de Acuña a los muchos enemigos, a veces muy cercanos, que va acumulando.

⁹ Autores como Jean-Louis Jeannelle separan con claridad las memorias y la autobiografía –las unas tendentes a «poner al día la arqueología social y política de una colectividad a

Ya hace casi dos décadas que quien entonces era para mí casi una extraña, poeta y dramaturga y poco más, se me acercó. Con los dos primeros volúmenes de sus *Obras reunidas* en la mano, intuí que aquella defensora fervorosa del reconocimiento de la capacidad intelectual de la mujer y de su libertad de pensamiento –en un difícil ejercicio igualitario–, enfrentada por ello al poder de la Iglesia, partidaria racionalista de su separación del Estado y anticlerical en consecuencia, no solo era una librepensadora, sino que era una enérgica «pensadora», inusual. Resultaba extraña su propia convicción del poder de la escritura, su reflexión sobre la palabra y, ya a primera vista, era muy sugerente un curso biográfico como el suyo, tan inusual en una mujer española de su tiempo (una generación anterior a la mayoría de las primeras feministas reconocidas como tales en España). Apenas, desde entonces, he podido escapar a la apremiante invitación de su abundante escritura a tratar de entender sus razones. Volví a aquel regalo de Carmen Simón, con su edición de las dos obras de teatro que marcaron la fama literaria de Rosario de Acuña para bien y para mal¹⁰, pero el teatro es quizá lo que menos me atrae de su obra, tan diversa y heterogénea. Afortunadamente, aquellas piezas han merecido análisis profundos de manos de hispanistas excelentes como son Christine Arkininstall y Sylvie Turc-Zynopoulos, cuyos estudios destacan aspectos importantísimos de las ideas políticas del nacionalismo liberal progresista que nutren ese teatro¹¹. Solo al hojear los tomos de poesía y artículos de la pensadora, de quien había

través de la vida de un individuo», sin tener por objeto el conocimiento del yo, como sí hace el relato autobiográfico, que gira sobre el polo personal e introspectivo. Y por eso, conviene destacar esta aspiración –digamos egohistórica– de Rosario de Acuña, que en caso de que no lo escribiera finalmente (algo probable) sueña con un texto memorialístico que realce su vida ante la comunidad nacional y, sobre todo, las generaciones futuras (La cita de Jeannelle la tomo de Paul John Eakin, «Vivre dans l'histoire. Autobiographie, Memoir(s) et Mémoires», en *Le sens du passé: pour une nouvelle approche des mémoires*, Études réunies et présentées par M. Hersant, J.-L. Jeannelle et D. Zanone (Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2013), 352.

¹⁰ María del Carmen Simón Palmer, «Introducción» a *Rienzi el Tribuno, El padre Juan, teatro* de Rosario de Acuña y Villanueva» (Madrid: Castalia-Instituto de la Mujer, 1990). Asimismo, Antonio Pineda Cachero, «Propaganda y literatura: *El padre Juan*, de Rosario de Acuña», *Comunicación: revista internacional de Audiovisual, Publicidad y Estudios culturales*, n.º 1 (2002): 217-246.

¹¹ Christine Arkininstall, *Spanish Female Writers, and the Freethinking Press, 1879-1926* (Toronto, University of Toronto Press, 2014) y *Women on War in Spain long Nineteenth Century. Virtue, Patriotism, Citizenship* (Toronto, University of Toronto Press, 2023); Sylvie Turc-Zynopoulos, «Rosario de Acuña: el teatro y la madre patriota en *La voz de la patria* (1893)», *Bulletin of Spanish Visual Studies* 5, n.º 2 (2021): 235-254 y «Aproximación a *El padre Juan* (1891) de Rosario de Acuña desde el manual de conducta de la literatura de la domesticidad», *Crisol*, n.º 27 (2023).

llamado sobre todo la atención su alcance feminista (su rebeldía radical), me dejé encandilar por la fuerza y autenticidad de su expresión escrita. Asombra la rareza, tanto filosófica como lírica, de su voz poética. Los krausistas, con los que Rosario de Acuña convergió en el aliento espiritualista –sin formar en sus filas–, creyeron que la poesía lírica encerraba la esencia espiritual del siglo xix¹², y es fácil que la propia poeta, desde su juventud, compartiera esa opinión, porque la puso en práctica con fervorosa inspiración y sentimiento.

Empecé así a escribir sobre Rosario de Acuña en el marco de los proyectos de investigación sobre mujeres y espacio público que ha liderado Rosa María Capel durante dos décadas al menos¹³. A lo largo de los años, moldeándose y haciéndose más abiertos y críticos mis planteamientos teóricos sobre la biografía femenina, la vida y la obra de la escritora madrileña se me presentan revestidos de una sustancial unidad, que otras lecturas anteriores –propias o ajenas– creo que no habían notado suficientemente.

He ido creyendo descubrir facetas de un perfil tan complejo como contradictorio, una mujer vigorosa y decidida en muchas de sus actuaciones públicas, y a la vez extremadamente sensible y frágil, empeñada en empresas de igualdad y justicia sabiendo que contaba con un intelecto poderoso, pero solo con aliados débiles e inciertos, enfrentada desde su anticlericalismo librepensador a escollos, tanto públicos como privados, para los que no tuvo nunca cautela, impenitente en su batalla racional contra el dogma y la tradición, implacable ante los convencionalismos sociales y las rutinas... Una mujer sorprendente, en fin, en constante riesgo personal y al borde de la brecha que separa el territorio público, reservado al varón, del ámbito discreto y sometido de la domesticidad femenina.

La secuencia ordenada de las fracturas que salpican las manifestaciones públicas y procesos psicológicos de la autora, tal como los abordé en la biografía, revisando sus textos de principio a fin, dota a aquella existencia de unidad. Al hilvanarse los textos en el tiempo aparece una trayectoria de vida transparente en cuanto a las dificultades prácticas de devenir mujer –consciente de la desigualdad–, en un mundo de hombres, de *ser y sentirse mujer con conciencia de ello* a través de una sucesión de rebeldías, de rechazos y de

¹² Así lo afirma Juan López Morillas en sus tempranos acercamientos al krausismo y la considero una idea brillante.

¹³ En la última de las diversas publicaciones relativas a estos sucesivos proyectos financiados por el Plan Nacional puede encontrarse mi contribución «Biografía de mujeres y giro subjetivo». Véase Rosa María Capel, ed. *Acción y voces de mujer en el espacio público* (Madrid: Abada, 2021), 31-81.

negaciones ante una *diferencia* objetiva que, por razones filosóficas e intelectuales, Acuña estima interesada sin poderla aceptar, convirtiéndose en muestra representativa del coste psicológico que supuso para la escritora caer en la cuenta del hondo significado misógino que encerraba el haber sido aupada primero, por un colectivo literario fuertemente virilizado, e ir siendo despreciada, después, en su creciente asunción de la autonomía subjetiva que implicaba su conciencia de igualdad espiritual e intelectual con el varón. Un ejemplo relevante del riesgo personal (más intenso en una mujer, y de extracción social elevada) que entraña el tomar parte, alistada en el bando perdedor, en la dura batalla cultural que enfrentó a librepensadores y clericales en la España de su tiempo. Una conciencia, en fin, beligerante, nacida de un impulso irrefrenable —en aras de la racionalidad humana y la justicia— de afirmación y reconocimiento de equilibrio intelectual y moral entre hombre y mujer, partiendo de una convicción espiritualista y deísta. Acuña creía en la existencia de un alma inmortal y en el Dios de la Naturaleza (con mayúsculas), y en esa creencia doble alimentaría vida y obra.

Las ideas filosóficas de Rosario de Acuña, su mentalidad anti-materialista y su manera de proceder *políticamente*, acaso sean excepcionales en lo que se refiere a su sexo y su género en el contexto de la segunda mitad del XIX español. E incluso, si se quiere, en el marco del «largo siglo XIX», entendiéndolo por tal el dilatado tiempo preñado de conflictos que enfrenta la tensión liberal-democrática, laicizadora y anti-tradicional, a la intransigencia católica, que no tardó en mostrarse más fuerte y resistente de lo que el progresismo había de creer. En torno a la fecha en que Rosario murió, 1923, se cierra un ciclo de lo que fue una guerra cultural sin tregua entre los librepensadores partidarios de la modernización social y política que entrañaba separación de Iglesia y Estado —y ahí estuvo ella permanentemente desde mediados de los años ochenta del siglo XIX—, y los defensores de su estrecha alianza, cada vez más crecidos. No llegaría a ver la dictadura, fallido aquel proyecto de unidad en el republicanismo que en vano predicara, más cercana entonces al socialismo obrero en que arropó sus últimos años de existencia en Gijón, y sin dejar de apelar a la amistad y el reconocimiento de voces radicales (Louis Bonafoux o José Nakens).

Rosario de Acuña fue una precursora, una pionera que se adelantó a su tiempo en muchas cosas, y lo hizo desde una configuración intelectual muy potente en los años del Sexenio —el espiritualismo—, que sus contemporáneos irían poco a poco abandonando, una serie de ideas y creencias adquiridas en los años de su juventud en Madrid, donde el librepensamiento y la masonería se definían deístas, por esencia, frente a otras corrientes de dominio ateo. Las

ideas francesas, a las que ella fue adicta, sostenían esa configuración. Fue pionera así, a partir de ese telón de fondo, en la puesta en circulación de un discurso estimulante sobre la subjetividad femenina y el potencial espiritual, específico, de la mujer. Indiscutible es también su «modernidad» respecto al trato debido a los animales, en cuanto al ejercicio físico, el cuidado del cuerpo y la higiene personal y doméstica, o la apuesta por la participación de la mujer en la vida económica –siempre al hilo de su papel central en el seno de la familia–, creadora como fue de una utopía de regeneración agraria en la que las mujeres tendrían el papel central (la que denominó *mujer agrícola* nace en su mente ya a principios de los años ochenta, adelantándose a otros proyectos similares en España).

A pesar de sus contradicciones y su aparente insuficiencia, resulta indiscutible el poderoso arrastre de aquella voz inaugural feminista, teniendo en cuenta el tiempo en que viviera Rosario de Acuña, porque nacer en los años cincuenta no es lo mismo, obviamente, que pertenecer ya a la generación posterior, la que arranca en el decenio 1870/80.

Subrayaremos aún que, a la vez, sería una mujer aferrada a ideas y creencias –sobre la vida y sobre la muerte, sobre el pensamiento y la palabra– muy potentes y fijas, que habrían sido adquiridas posiblemente durante los primeros años de la que fue, sin duda, una precoz vocación intelectual. Allí forjó Acuña patrones sobre el *sentimiento* y el desarrollo de la *conciencia* y el *conocimiento* procedentes del aprendizaje doméstico diario, al lado del padre y otros parientes masculinos. Seguiría autodidacta siempre, soñándose a sí misma como una *poeta* que, de tanto pensar, acabaría por ser *pensadora*...

Una querencia insistente, en Rosario de Acuña, ese pensar penetrando hasta el fondo de las cosas –con tal de descubrir la *verdad*, la obsesión de tantos varones de su tiempo, «filósofos», o simplemente dados a cavilar, librepensadores o masones, protestantes también–, que a ella también le competería de por vida. Se vería a sí misma –y los demás no tardarían en verla a ella a su vez– como una mujer apasionada inusualmente por aquellas ideas y lecturas filosóficas o científicas que habían irrumpido como un torrente, todas juntas, en medio de la efervescencia intelectual, ya fuese positivista o idealista, de los años del fin de la monarquía isabelina. Entre el final de ese periodo, cuando la familia Acuña se hallaba cercana a Serrano y la propia Isabel, y el periodo que abriría Sagasta en los años ochenta, bajo la Restauración, habría mediado toda aquella tormenta de ideas en medio de la cual se habría hecho real la voluntad de una joven bien dotada para la literatura, Rosario de Acuña y Villanueva, de trascender la esfera de la privacidad. Cuando empezó a dar sus escritos a la luz,

avanzada la década de 1870, muchas de sus ideas llevarían ya la impronta de la heterodoxia.

Nacida justo a mediados del siglo XIX, Acuña habría absorbido ávidamente ideas morales procedentes del racionalismo ilustrado y, sobre todo, de la corriente deísta y espiritualista que imperaba en el ámbito librepensador y anti-borbónico madrileño –no así en el catalán, donde dominó el ateísmo cientifista¹⁴, aquel clima que acabaría cuajando en una importante publicación librepensadora, muy leída en todo el país, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Eran ideas de un fuerte componente religioso, pero anti-dogmático frente a la Iglesia, abiertas al «libre examen» –como los protestantes–, tolerantes con otras religiones y que no solo pugnaban contra el catolicismo, sino también, y fuertemente, contra esa corriente sin Dios que, al final, acabaría por imponerse dentro del librepensamiento. El modo en que Rosario de Acuña afrontó la fuerte competencia entre el deísmo espiritualista que abrazaba y las corrientes materialistas –cada día más fuertes en las publicaciones y discursos librepensadores– dieron un sabor propio a muchos de sus textos, explicando por qué se mostraría, un día tras otro, tan radicalmente opuesta al ateísmo y al cientifismo positivista.

Nada ni nadie consiguieron tampoco que Acuña se rindiera al espiritismo, la más fuerte sin duda de las variedades inscritas en el propio ramillete espiritualista en que se debatía su sentir, y también de mayor vigencia que el deísmo en el ámbito específico de la masonería –convergente con el librepensamiento, pero no idéntica a él–, donde Acuña acabaría ingresando en el mes de febrero de 1886.

Personalmente, pienso que fueron las lecturas y debates deístas de los años sesenta y primeros setenta del siglo XIX los que marcaron decisivamente su configuración religiosa –o filosófica, si se prefiere–, su textura intelectual y emocional siendo ella aún muy joven; debates influidos por Francia lógicamente (Flammarion, Michelet), pero acaso aceptados antes de recibir inspiración directa de esas ideas, o siendo esta solamente ocasional. Lo que sí es seguro es que, en aquel receptáculo ideológico –para ella tan cálido y confortable–, que contenía la esencia de la inmortalidad, siguió guardando la escritora el molde de todas sus acciones en la diaria brega del *sentir* y el *pensar*. Desde el punto de vista práctico, el suyo habría sido un proceso de educación sentimental tan precoz como privilegiado –al margen de escuelas y de reglas–, niña de clase

¹⁴ Albert Palà, *Viure l'anticlericalisme. Una història cultural del lliure pensament català (1868-1923)* (Catarroja: Afers, 2019).

acomodada, hija única, en la que enseguida se observaría una alta capacidad mental, enorme curiosidad y afán de saber, alimentada intelectualmente por los varones de la familia y su ancho círculo político y literario.

3. Palabra, conciencia y razón

Rosario de Acuña fue ante todo una joven inquieta y rebelde, transgresora de las normas sociales hasta un cierto punto, siempre discutidora y muy leída, independiente y contradictoria en sus relaciones de amistad, afectiva las más de las veces –también melancólica–, y partidaria a ultranza de la libertad de pensamiento y obra, tanto en el hombre como en la mujer. Dejó sin atender –como puede seguirse en su poesía primera– más de una norma en cuanto a jerarquización social de sexos y sus convenciones, una práctica sorprendente a los ojos de muchos en una muchacha de su clase, característica que, con el tiempo, habría de convertirla en una mujer de acusada presencia pública, decidida a destacar y ser notada, consciente de la fuerza de su palabra.

Acuña supo de esa fuerza a medida que el cruce de sus ideas y experiencia personal fueran permitiéndole elaborar, con sus desgarros y sus desengaños, la conciencia de ser *mujer*, y serlo en un medio tan masculinizado como era ese cenáculo exclusivo del mundillo del teatro y la literatura madrileños al que aspiró a pertenecer. La animó a integrarse el éxito temprano de su *Rienzi el Tribuno*, en 1876. Solo entonces, paradójicamente, tras alcanzar el triunfo y la *gloria* que con tanta fuerza deseara en sus primeros años, al verse de repente inscrita en una corona de nombres reputados (muchos de ellos amigos de la casa paterna, celebridades que denotaban su desigualdad como mujer –y mujer joven–), sentiría la punzada de la subordinación de su presencia y la condescendencia que implicaba. No nació por lo tanto feminista Rosario de Acuña (nadie lo nace, es cosa sabida), pero en su afán extraordinario de inquirir hasta el fondo, de comprender el universo y desvelar el sentido de la vida y la muerte (explícito todo ello en sus textos de juventud), y en la asunción de la dualidad del individuo de matriz espiritualista (el alma frente al cuerpo, y aquella en superioridad rotunda frente a este), radica justamente la semilla de su manera de entender la igualdad.

Estaba convencida Rosario de Acuña de que creer en Dios y en la inmortalidad del alma era, prácticamente, una «necesidad» (luego dirá, en algún momento, que necesidad para ella derivada de su condición femenina), y que el alma que todo recién nacido recibiría al nacer era igual para uno y otro sexo

—un aliento de naturaleza divina, independientemente del cuerpo en que anidara—. Hacer el bien, y conseguir el perfeccionamiento personal era el destino que nos vendría impuesto por esa naturaleza de origen divino, y pervertir ese destino conduciría derecho a caer en la inhumanidad. Como muchos de sus contemporáneos, Acuña identificó *Naturaleza y Dios*, y asimiló a ese dios con el *Espíritu*¹⁵, toda alma procedería de él. El carácter temprano de esa asunción —inquietante para ella o tranquilizadora, según momentos— se comprueba siguiendo sus escritos, transparentes desde la época en que hay constancia de ellos, a principios de la década de 1870. En esa década, Rosario contaría entre los 20 y 30 años, siendo el tiempo doliente y encendido de un desarrollo poético y filosófico nuclear, que nunca se desvanecería en su escritura —el *alma* recibida como un soplo al nacer, y vuelta gozosamente a las alturas, al éter, hasta alcanzar de nuevo el *espíritu* tras el hecho, nunca doloroso, del morir—. Esa creencia es relevante para explicar algunas de las contradicciones aparentes de su praxis vital e ilumina también, seguramente, su discurso a propósito de la emancipación femenina.

Es incuestionable que la claridad y contundencia de la afirmación feminista de Rosario de Acuña irían aumentando con la edad, y que, a pesar de que ya escribía *por* y *para* las mujeres al menos desde 1882, sus escritos de este tipo causan muchas veces decepción al leerlos por vez primera. Incluso generarán enfado si, viéndolos con lentes feministas y sociales propias de nuestros días, reparamos en cómo habla de la prostitución, de la pobreza y de la higiene, o sencillamente, cómo menospreció Rosario de Acuña o censuró a la generalidad de las mujeres de su entorno y ámbito social —especialmente a estas— durante muchos años. La traicionan sus orígenes de clase, podríamos pensar; es prisionera de un prejuicio elitista respecto a la cuestión social, o bien —mujer casada y sin hijos—, respira incluso por la herida de una deslealtad marital (de la que, sin embargo, apenas hay certeza...). Es cierto que la experiencia matrimonial —aquella vida de pareja con un joven militar de muy buena familia, frustrada

¹⁵ Jay Winter, *Sites of Memory, Sites of Mourning* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995), 54, distingue un espiritualismo secular, que informa la visión de la vida y el mundo de quienes exploran una supuesta existencia del alma tras la muerte, con la supervivencia de una cierta personalidad humana —distinguiéndose poco, en consecuencia, de quienes creen en Dios, si bien su búsqueda es física o psicológica, pero no teológica—, de otro género de espiritualismo, en el que caben todos aquellos que cuentan con que la vida diaria contiene asimismo presencias apocalípticas, divinas, de santos o de ángeles... En cualquier caso, añade aquel autor, constituyen una «familia» dispuesta a ir más allá de un materialismo convencional o teológico, y se esfuerzan en difundir sus creencias en asociaciones, reuniones o publicaciones diversas.

por una desigualdad intelectual y de aspiraciones y expectativas evidente— y, sobre todo, la fragilidad emocional que hizo crisis en ella tras la muerte del padre iban a radicalizar su posición frente a la desigualdad entre los sexos. Como también, más tarde, que la subordinación doctrinal a la que se pretendería someterla en el seno del librepensamiento organizado y la masonería —regidos por varones—, exigiéndole la obediencia esperable en una mujer, amenazarían su libertad, idealizada al máximo cuando empezó a relacionarse políticamente con núcleos de republicanos, y le irían haciendo cambiar de opinión. Sería, por tanto, de modo progresivo como fuera procesando Acuña el peso de las circunstancias sociales en la desigualdad real de la mujer y, sensiblemente, en el asunto crítico de la prostitución.

El resistirse a la supremacía varonil, al tiempo que apelaba a la *virilidad* como un valor, molestaría a aquellos varones que, al entrar en el librepensamiento, la habían acogido con entusiasmo. El choque daría paso a un magma de emociones contradictorias en su ánimo, que fueron reforzando su identidad femenina al tiempo que forjaban su conciencia social, también en combate a favor de la justicia y en contra de la desigualdad. Al alistarse al lado de los perdedores, sumándose al esfuerzo de *Las Dominicales* con su aureola de autora teatral de éxito, orgullosa de su propia libertad de pensamiento, Acuña sería aplaudida por muchas mujeres, pero pronto comprobaría que a ella los varones (que creyó sus *iguales*) le reservaban solo una tarea en cierto modo ancilar y específica: dedicar su escritura únicamente a las mujeres del ámbito librepensador transmitiendo el mensaje que los propios varones le dictaran, pero no aquello que ella misma decidiera escribir... Y es que pensar «por libre» no se consideraba competencia de una mujer, ni siquiera de una mujer que públicamente se decía librepensadora.

Mas lo que había llevado a Rosario de Acuña a las filas del librepensamiento organizado —y a su órgano de prensa más leído—, era precisamente el deseo de mostrar su capacidad para pensar, actuar y hablar, sin rendir pleitesía a dogma alguno. Aunque ignoramos cómo fue en concreto —durante sus cortas estancias en Francia posiblemente, pero quizá ya antes, como dije antes—, Rosario de Acuña había quedado seducida por la fuerza de las ideas de progreso, aquellas instrucciones de proceder público y privado que consagró la III República. Las combinó, sin percibir conflicto, con un sincero sentimiento de amor a los demás de raíz cristiana, una mezcla de equidad compasiva y anhelo de justicia que, sin estorbar su anticlericalismo galopante, nunca la abandonó.

Bien al contrario, adaptó esas creencias al hábito masónico y al concepto republicano de «justicia» desde sus treinta años. Un sentimiento que se convirtió en grito, ya entrado el siglo xx, merced a su acercamiento a las clases

populares a través de la moral socialista y su idea mesiánica de redención. Como tantos republicanos de ascendencia jacobina, a la *fraternidad* Rosario le llamaría *justicia* y cada vez la sentiría más urgente. En su juventud dominó sin embargo la idea de *libertad* del progresismo que articuló en su *Rienzi*, algunos de cuyos versos, siempre muy aplaudidos, seguiría recitando la escritora en contextos y momentos diversos de su vida. Traslucen la identificación entre libertad y felicidad propia del racionalismo ilustrado que los librepensadores recogieron, superponiéndole el concepto de «verdad». Quería expresar en ellos la escasez con que nos llega la libertad a los individuos: «¡Oh libertad, fantasma de la vida! / astro de amor a la ambición humana (...) Despierta alguna vez...». Aún no sabía entonces, con 25 años, que a la libertad se la conquista y nunca viene dada, que por sí sola ella no «despierta».

4. Buscando la luz

Cuando Rosario de Acuña lograra disfrutar de la belleza del entorno, pues su retina enferma desde niña conseguía percibir la luz, entonces experimentaría un placer infinito, disfrutando del color y las formas de la naturaleza, siguiendo el movimiento de las cosas. Su sufrimiento por la limitación de su visión hasta los 35 años, su angustia por la terrible oscuridad que la rodeaba, quedarían reforzados, filosófica y poéticamente, por el impacto emocional de la muerte y la enfermedad, ambas omnipresentes en las familias de la época y, aún más, en una red familiar tan extensa como la suya.

Desarrolló muy pronto ante el hecho de morir una sensibilidad exacerbada, que la llevaría a apegarse estrechamente a la idea de la inmortalidad, acariciada durante toda su vida como más que probable –pero no segura–, pensamiento reinante en el deísmo y coincidente con el rito masónico francés, que obligaba a sus iniciados a creer en Dios y en la inmortalidad del alma. Como otros muchos republicanos y demócratas, masones con frecuencia, Acuña se aferró firmemente, por razones que ligan su experiencia personal a esas ideas, a una esperanzadora creencia en la pervivencia del espíritu, aun cuando más de una vez, con profundo dolor, dudase de esa cualidad. Nunca dejó sin embargo de creer que el alma se encarnaba en el recién nacido –como un soplo encendido, un fogonazo de luz, un rayo fulgurante–, en el momento del alumbramiento.

Habría sido hacia sus diecisiete o dieciocho años, posiblemente, cuando comenzara a cuestionarse la idea cristiana de la resurrección del cuerpo y el destino del alma tras la muerte, para ir dando cabida en cambio al conjunto de

inspiraciones deístas y panteístas que flotaban en el ambiente de la época y eran abrazadas por todo antimaterialista, entonces todavía mayoritariamente. Con todo, el significado preciso y sus exigencias de conducta tardaría quizá algo más en apreciarlas Rosario de Acuña, y dejamos abierta la incógnita de si las estancias en Francia tuvieron influencia directa en esa evolución, o le habrían llegado las ideas, previa o alternativamente, en el hogar. Al fin y al cabo, Roque Barcia sentía devoción por Jesucristo¹⁶, y Castelar pensaba de manera muy similar a como Acuña poco después pensó...

En un magma espiritualista efervescente –en lucha contra un materialismo a sus ojos acrítico, bien fuera intelectual o clerical–, sabría Acuña con claridad que ella no era atea –no quería serlo, sino que, muy al contrario, buscaba por doquier la trascendencia–, pero ya no creía en el dogma del catolicismo y de su Iglesia, y le obsesionaba el tener que aceptar el nuevo andamiaje de creencias «científicas» positivistas con el que los tiempos parecían obligados a caminar. Se empeñaba en saber, con sus propios recursos y lecturas, qué *era* el pensamiento, cómo se producía su manifestación y expresión, de dónde le había venido al individuo la facultad de hablar, qué es finalmente lo que unía al ser humano al espíritu (a *lo divino*, la naturaleza...), y qué ocurre con el «alma» (la mente, el pensamiento) cuando el cuerpo no alberga vida ya.

En esa sensibilidad espiritualista se asienta intelectualmente su temprano interés por indagar sobre la *conciencia*, por descubrir en qué consisten mente y pensamiento –eso mismo que otras veces llama *alma*–, y por especular en dónde reside ese *pensar*; y cómo es que el ser humano llega a realizar tamaña proeza, cómo se elaboran el razonamiento y la creación artística o literaria, cómo ha de encajar la racionalidad –que ella tanto procura– con el *sentir*, con las emociones y deseos... Y la pensadora tropieza entonces, cómo no, con el tesoro que para el ser humano constituye el lenguaje.

Desde niña y adolescente quiso Rosario de Acuña atesorar las palabras, palabras dichas o escritas, propias y ajenas, conservarlas para siempre vivas en la reserva eterna del espíritu, guardarlas junto a pensamientos y emociones. Ella misma lo cuenta, ya avanzada en edad. Y si rastreamos hacia atrás, vemos que a las montañas que rodean Panticosa, en el verano de 1874 –probablemente en un descanso estival buscando reponer su salud en el balneario–¹⁷, a esas

¹⁶ Ester García Moscardó, *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario* (Granada: Comares, 2021).

¹⁷ De interés al respecto, Justo Serna y Anacleto Pons, *La ciudad futura. Viajes por la Europa burguesa* (Valencia: Barlin libros, 2022), 165 y ss.

montañas quietas les habría encomendado la joven pensadora la preservación de sus propias palabras, expresadas o no –solo acaso pensadas–, lanzando al aire su anhelo más recóndito, y esperando que la impasible piedra, depósito de inmortal sabiduría, conservase *ad aeternum* aquel legado suyo.

Contaba entonces veintitrés años, y de su reflexiva inquietud ante ambas actividades y potencias, el *sentir* y el *pensar*, habría nacido en ella una ambivalencia emocional que fue balanceando toda su vida, pero que aparecerá más espaciada en la madurez y la vejez e iría haciéndosele menos dañina, sensiblemente, con el paso del tiempo y con la edad. Hasta ahí, le ocasionó una angustia existencial que la hizo sufrir mucho, inestable psicológicamente desde joven, y alternando periodos de exaltación gozosa con otros de melancolía y sufrimiento. Su personalidad girará siempre en torno a confirmar la duda opresiva respecto a la inmortalidad del alma, insistiendo Rosario en forzar su *razón* para asentir, y exigiéndole el máximo a su capacidad intelectual para abreviar el camino, que ella ya sabía debería recorrer completo hasta el final. Lo deja ver con claridad muy pronto, cuando, ante el fracaso de su intento por asegurarse una respuesta positiva, apela desesperadamente a una intervención superior, clamando por su intervención: «Inteligencia», le suplica –usando la mayúscula–, «lánzate ya a abreviar ese camino, y puesto que presumes de cubrirlo todo con tu poder de penetración, haz un esfuerzo más y responde a quien no sabe y te pregunta...» Pero, «¿qué has descubierto...?», apremiará angustiada: «¡Nada!», se apresura ella misma, con desolación, a responder¹⁸.

Los escritos de Acuña a lo largo de todo el año 1874 son ya una muestra reiterada de su alternancia permanente entre alegría y dolor, sentimientos que en ella no siempre, ni necesariamente, se corresponden con el enamoramiento –que lo hubo sin duda por entonces–, o con el sufrimiento lógico por la muerte de algún ser querido, sino que afloran desde lo más profundo de su discurrir acerca de la vida y la existencia humana. Se empeñaba desesperadamente en creer que «después de la muerte está la vida», y quería trasladar esa creencia a los demás a través de su canto, su poesía. Esa tensión de honda espiritualidad le impedía, coherentemente, manifestar tristeza o compasión por cualquier desaparecido. «Nunca fui amiga de la muerte», le confía a su amiga Julia Asensi en julio de 1875, «hasta que sentí el corazón envuelto en su frío sudario». Desde entonces, «forzosamente la tengo que acoger como una compañera; después de todo, ¿la muerte no es hermana de

¹⁸ «¡Paso a la verdad!», *Gaceta Universal*, 15 de noviembre de 1873.

la vida...?»¹⁹. Optimismo que vendría animado esa vez por la luz natural, la claridad que invade el ánimo de Rosario en cuanto pisa Andalucía dejando atrás la vida cortesana, banal y oscura, de Madrid. Ya solo con llegar –así lo cuenta–, siente moverse en ella «los puros átomos de la vida, que en mi ser empezaba a oscurecer, ante la infinita ventura solo alcanzada atravesando los umbrales sombríos de la muerte»²⁰.

Junto al alma y su indestructibilidad, por su naturaleza trascendente, la pregunta esencial para una *pensadora* tan perseverante y una poeta tan honda como ella consistía, justamente, en averiguar cómo pensamos, de dónde surge la creación, en qué consiste el *genio*. Paradójicamente, confiaba para satisfacer esa inquietud en la idea de *ciencia* que ella entendía como *luz* y *verdad*, limitándose unas veces a desconfiar del giro cientifista y otras combatiéndolo con fuerza. Lo hacía porque se resistía a creer en la capacidad de los saberes positivos para aclarar las cuestiones que *verdaderamente* importan, las que a ella obsesionaban, y en las que fundamenta su conducta. Emplearía mucho tiempo en explorar la cuestión filosófica desde la inflexión subjetiva, dándole vueltas a su propia experiencia, observándose a sí misma, ajustando sus lecturas eclécticas al marco de su razón, sometiendo esas instrucciones siempre, de manera orgullosa, a su introspección y reflexión.

Pero es en la Naturaleza y a partir de ella, nos dice Acuña, donde la inteligencia –la suya propia– «recibe el sagrado fuego de la racionalidad»²¹, y por

¹⁹ «Una corona marchita», *La Mesa Revuelta*, julio de 1875. Después recogido en *La Siesta* y en Rosario de Acuña y Villanueva, *Obras reunidas*, vol. III. *Prosa*, ed. por José Bolado (Gijón: KRK ediciones, 2008), 132, 51 y ss.

²⁰ «Correspondencia de Andalucía», *La Mesa Revuelta*, junio de 1875. Después recogido en Acuña, *Obras reunidas*, vol. III, 131, 83 y ss. Es muy posible –aunque ahora no cabe entrar en detalles– que haya concebido tentaciones de suicidio, pero ante el aire, la luz, las flores y las montañas, en el campo, ha vuelto a confiar en el razonamiento científico como sostén de su propia inteligencia (lo que la estaba angustiando, así lo dice, era la limitación de su inteligencia para comprender lo más hondo, lo inefable, el asunto del alma tras la extinción de la vida biológica).

²¹ Solange Hibbs-Lissorgues, «La naturaleza como vía de conocimiento y de regeneración en la obra de Rosario de Acuña (1850-1923)», en *La naturaleza en la literatura española*, ed. por Dolores Thion-Soriano Mollá (Vigo: Academia del Hispanismo, 2011); «Rosario de Acuña y la literatura francesa: un viaje por el alma y la naturaleza», en *Rosario de Acuña. Hipatia*, 199-231; «Camille Flammarion en España: vulgarización científica y poética de la ciencia», en *Los discursos de la ciencia y la literatura en España (1875-1906)*, ed. por S. Hibbs y C. Fillière (Vigo: Academia del Hispanismo, 2015); «El pensamiento utópico de Rosario de Acuña (1850-1923)», en *Le temps des possibles (Regards sur l'utopie en Espagne au XIX^e siècle)*, ed. por J. Ballesté y S. Hibbs (Carnières-Morlanwelz: Lansman Éditeur, 2009).

eso buscaba sin descanso encontrar esa fuente y beber de ella. Mediada su existencia, Rosario de Acuña nos da cuenta por fin con claridad de su visión deísta, ligándola inseparablemente al modo en el que, como ella misma dice, se elabora su forma de pensar particular. Fue ante la logia femenina Hijas del Progreso, en noviembre de 1888:

Mi alma se nutre de impresiones, de ideales, de amor, de felicidad y de fe en medio de los campos y de las montañas, a orillas de los mares y en el interior de los bosques (...), en las augustas soledades de la naturaleza, donde el acento de Dios habla con las tormentas²².

Desde muy pronto, como aspirante a la supervivencia, quiso vincular su concepto de inmortalidad con la *memoria del genio*, con la vigencia y duración supuestamente eterna de aquella estela cultural que cada obra de creación estética o intelectual va dejando en el mundo cuando desaparece quien la hiciera posible, cuando va desvaneciéndose poco a poco el rastro del creador –una estela que se desea imborrable, pero no siempre lo va a ser–. Al derecho del literato o el pintor a alcanzar la *gloria*, le sumaría Acuña desde bien temprano el derecho a gozar de esa misma memoria o «fama» a todo médico de obra curativa excepcional y, en general, a todo aquel cuyo logro redunde en beneficio a los demás. En ese amplio colectivo generador de luz, de bien y de belleza, ya sea luz *artística* o luz de *conocimiento* –la chispa del ingenio–, querría verse alguna vez incluida ella misma, Rosario de Acuña y Villanueva (durante un tiempo también «señora de Laiglesia») como escritora de fama, alcanzada a mediados de la década de 1870 con el drama *Rienzi*. Se vio entonces en condiciones de alzarse a por la *gloria*: había pedido a las «sombras de [su] alma» que alzasen el vuelo y le devolvieran la calma, que despejasen la oscuridad y se disiparan dejando paso a «la luz del pensamiento»²³. Parecería llegado el momento de cancelar por fin aquel grito, «¡espera!», que la divina naturaleza le había hecho escuchar tres años antes, cuando intentase desesperadamente descubrir el destino del alma tras la muerte. Ahora, la joven dramaturga había

²² «Discurso pronunciado por doña Rosario de Acuña en el acto de instalación de la logia femenina Hijas del Progreso, de la cual es oradora nuestra distinguida amiga y compañera», publicado en cinco entregas en *La Humanidad*, noviembre-diciembre de 1888 (20 y 30 de noviembre, y 10, 20 y 31 de diciembre). También, como folleto, en Avilés, 1889.

²³ «A la gloria», *Ecos del alma* (Madrid: A. Gómez Fuentenebro, 1876), 122. Recogida en Rosario de Acuña y Villanueva, *Obras Reunidas*, vol. V. *Lírica y otras prosas* (Gijón: KRK ediciones, 2008), 195 y ss.

empotrado esa advertencia, «¡espera!», como lema feliz en su exitosa obra, aplicándose a la *libertad*, la escurridiza libertad siempre aplazada.

La fama literaria, que hasta ahí Rosario decía haber despreciado, amanecía entonces para ella como una tabla de salvación, un paliativo para la angustia existencial insoportable: «Se acabaron por siempre mis pesares», podría decir ilusionada. Con la llegada de la fama —«borrando el pasado ante el presente»— empezaría para Rosario de Acuña una *nueva vida* —eso esperaba—, llena de luz. Con la luz natural estableció una alianza perpetua de claridad mental e higiene material, y con la luz interior, una especie de llama resplandeciente, la escritora invocaría al padre, desaparecido en enero de 1883, haciéndolo permanentemente a partir del momento en que, algo más de un año después de su muerte, el 19 de abril de 1884, Acuña leyera ante el público del Ateneo madrileño alguno de sus versos, la primera mujer en subir a su tribuna... La persecución de la luz a toda costa, para aclarar situaciones confusas y trastornos emocionales, va a ser desde entonces el hilo rojo que articula la vida azarosa de esta pensadora singular, amante como pocas de la Naturaleza.

5. En la quietud del campo, la nueva mujer

Solo cuando su afirmación subjetiva vaya consolidándose en su propio interior —y sintiéndose cerca de mujeres de claro entendimiento feminista, como fue junto a Acuña Ángeles López de Ayala—, lucharía Rosario por la emancipación de las demás mujeres—, pero ello no sucedió antes de la segunda mitad de los años ochenta. Les exigirá entonces a las que considera sus iguales, mediante exhortaciones sin halagos ni almíbar, el esfuerzo personal, individualizado, de afrontar la grandeza que conlleva ejercer un pensamiento libre y una capacidad de autonomía y acción que —exhorta al auditorio— toda mujer posee. Sin embargo, hay que reconocer que ella no percibe que, para la mayoría de las mujeres de su época, ello sería una utopía, un reto inalcanzable. Más todavía tal como lo plantea según su propio ejemplo —al margen de toda educación reglada, autodidacta por completo—, y obviando que ella misma, nacida en un ambiente social muy desahogado, el día en que decidió alinearse junto a los perdedores —los partidarios de la república y el librepensamiento—, selló el inicio de un semivoluntario desclasamiento.

Entre 1876 y 1880 Rosario de Acuña habría vivido sus primeros años de casada intentando proseguir su vida de escritora desde una ciudad eminentemente

tradicional, Zaragoza, pero manteniendo frecuentes viajes a Madrid, donde sus padres residían y ella mantenía sus contactos editoriales y literarios. No es arriesgado suponer que la convivencia en el ambiente castrense al que se debía su marido, y el desvinculamiento territorial de un contexto familiar muy protector, no favorecerían su estabilidad emocional ni el éxito de su obra literaria, de modo que entre 1881 y 1883 Rosario acabaría enredada en una madeja de sentimientos encontrados, entre los cuales no serían los menores su difícil relación con el marido, Rafael de Laiglesia.

El desamparo alcanzó su culmen con la muerte repentina del padre, Felipe de Acuña y Solís, en enero de 1883. Tampoco hay que dejar a un lado la decepción que en ella supondría el que ninguna de sus obras publicadas después del primer éxito teatral alcanzara el aplauso esperado, ni apenas rendimientos económicos. Escapar del medio urbano, de la distracción que imponía a una mujer burguesa la vida social cortesana, y hacerlo para escribir mejor, con más tranquilidad, protegida de un entorno social que ella vivía como hostil, se halla en el origen de su traslado a Pinto, localidad muy cercana a Madrid lindando con La Mancha, donde Rosario se hizo construir una casa ideal, un refugio casi exclusivamente *femenino*, a su manera. Su propia vivienda allí, Villa Nueva, inspiraría a su vez un modelo ideal de habitación para las clases medias que ella llevó a la prensa, en una serie larga de artículos, y que también se convertiría en cuento a modo de parábola (*La casa de muñecas*), unos años después.

Aunque son muchos los episodios dramáticos en la vida de Rosario de Acuña, ligados a un frecuente desbordamiento de emociones, muy dependientes del éxito o fracaso de su acción pública y política, también es cierto que nunca dejaría de cantarle a la vida, independientemente de su estado y edad²⁴, incluso cuando joven todavía, enredada en sus penas de amor, la poeta deseaba la muerte y experimentara acaso la tentación de suicidio, acariciando el dolor como si fuera un bien²⁵. Su consuelo fue siempre –hay que insistir en ello– la naturaleza (epifanía de la divinidad), que acogería siempre a la poeta como parte constitutiva de sí misma²⁶.

²⁴ «A la vida», firmado en Madrid, 1874, Acuña, *Obras reunidas*, vol. V, 109 y ss.

²⁵ «A la muerte», *Los lunes de El Imparcial*, 20 de julio de 1874.

²⁶ Daría a conocer sus primeros poemas, tempestuosamente, a raíz de verse laureada por un gran éxito teatral, en la recopilación *Eclos del alma*, y después en *Morirse a tiempo*, etc., y hasta el final de su vida en prensa y veladas poéticas. Además de los versos triunfales sobre la libertad que había empotrado en *Rienzi*, le complacía mostrar la facies romántica de su percepción estética de la naturaleza, que, sin abandonar nunca el goce sensual, obedecía en ella, prácticamente siempre, a un fondo filosófico.

Escapando a esa carga difícil de soportar que suponía para ella la noche madrileña, a cuyo disfrute la reclamaba acaso la espléndida aristócrata Antonia Domínguez, señora de Serrano y duquesa de la Torre, con sus constantes veladas y fiestas, huiría también de la angustia y decepción de un matrimonio mucho menos «armónico» de lo que habría imaginado. Invocaba, justificándolo, que no podía soportar la oscuridad de la vivienda urbana, repleta de inútil mobiliario y vuelta hacia el interior –de espaldas a la luz–, perjudicial para la salud. Sin haberse hecho amable la escritora a los círculos de sociabilidad zaragozana, enferma recurrente de la vista todavía, y, sin embargo, lectora impenitente, se habría abrumado ante la caída relativa de su popularidad. Fue aún sin disolver la convivencia marital cuando en 1881 se instaló en Pinto, dejando a Rafael libertad para vivir donde quisiera mientras ella se rodeaba de altas tapias, corsé de protección para su celosa intimidad, al tiempo que escenario de su forja teórica de aquel modelo nuevo de mujer *en el campo*: hogar acogedor, y productivo, con «muchas ventanas que dejen pasar la luz...».

A raíz de ello, y aunque es bien conocida la narración semificcional con que, tres años después de ser esa mujer, ella misma relata su alistamiento formal en las filas del librepensamiento (aunque de hecho ya estaba previamente en contacto con jóvenes republicanos y masones), vamos a tocar brevemente este punto, por ser del mayor interés aquella supuesta «conversión». Enfrente de ella se hallaba –escribe Acuña a *Las Dominicales*, en carta a sus directores, Ramón Chies y Fernando Lozano– un gran espejo, en el que vio el futuro que esperaba a las ideas de progreso si en la empresa del perfeccionamiento universal no colaboraba también la mujer. Una *mujer* genérica que, en esa visión suya, tan centrada en su propia experiencia y sus deseos, era ella misma representando a todas las mujeres. La obra del progreso se perdería, dice, si las mujeres seguían manteniéndose obedientes y sumisas ante la presión reaccionaria que el confesor ejercía sobre sus pensamientos.

Su idea de alejar a la mujer del poder clerical, llevándola hacia el campo y situándola en su ideal vivienda, aislada de todo mal nacido en la ciudad, era ya una metáfora del progreso interior de la mitad de la humanidad, alejada del púlpito y tan solo unida al mundo por el tren²⁷. «La mujer enfrente del

²⁷ Es significativa, en la propia experiencia de su finca de Pinto, la cercanía a las vías del tren y su uso como medio de transporte, un tren de construcción temprana (1851) en el camino de Aranjuez, línea que fue importante símbolo de modernidad en la corte de la monarquía isabelina, facilitadora de una vida social y económica de la que su propia familia era partícipe. Ver José Luis Esparcia, *El ferrocarril de Pinto: 170 años de progreso* (Pinto: Ayuntamiento, 2021).

librepensamiento lo ahogará, lo difamará», habría temido Acuña, viendo claro el camino a seguir, pues solo arrebatando la mujer a la presión del cura pensó que quedaría a salvo el sentido real de los términos más apreciados por los librepensadores: «verdad», «amor» y «libertad». Eso creería Acuña entonces, y al servicio de esa batalla se entregará sin límites, sumándose a una lucha que otros muchos venían ya librando en aquella dirección.

Después de preguntarle a aquel espejo «el porqué del pensamiento, el porqué de la razón, el porqué de la vida, el porqué de cuanto existe y ha existido, y hasta el porqué de lo que no existió jamás...», se habría dicho a sí misma la escritora que bien podría poner por escrito sus reflexiones, pues seguro que habría otras mujeres «que piensen lo que pienso», congéneres que «sientan lo que siento». Las había en España, en efecto, y no eran pocas, por cierto: solo en el año 1884 se había incorporado a las filas del librepensamiento una cantidad respetable, catalanas librepensadoras y anticlericales, masonas y espiritistas muchas de ellas, pero también otras mujeres, de edades muy distintas –jóvenes y no tanto–, repartidas por todos los rincones del país²⁸. Ellas serían las primeras en aplaudir, con la misma sorpresa que entusiasmo, la incorporación de Rosario de Acuña, ilustre y conocida por sus obras dramáticas y por sus artículos de prensa, a su experiencia asociativa como mujeres de izquierda, republicanas y demócratas, situadas en los márgenes de la cultura política y, en cierto modo, de lo que se entendía en su momento por vida social.

El pensamiento y la aguda reflexión de bastantes entre esas otras mujeres no eran en absoluto desdeñables, como muestran sus propios escritos, anónimos a veces, en el semanario *Las Dominicales* y, sobre todo, en el espiritista *La Luz del Porvenir* –guiado con tesón por Amalia Domingo–, y con más fuerza aún, iniciándose algo más tarde, en las diversas publicaciones dirigidas por la librepensadora y también masona Ángeles López de Ayala, *El Progreso*, *El Gladiador*, y *El Gladiador del Librepensamiento*²⁹.

En resumidas cuentas, esa mujer que he dibujado más arriba en este mismo texto, voluntariosamente humanista y fuertemente espiritualista, con toques de misticismo cristiano a veces, fue también –y no en menor medida– la misma

²⁸ Judith Rideout, *Women's Writing Networks in Spanish Magazines around 1900*. PhD tesis, University of Glasgow, 2017.

²⁹ Ramos, «La República», y Arkinstall, *Spanish Female*. También Gloria Espigado, «Preparando el camino de la emancipación: voces críticas y acción colectiva femenina en el XIX», en *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas: resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea*, coord. por Mercedes Yusta e Ignacio Peiró (Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2015), 85-113.

Rosario de Acuña que alzase su voz valiente, arriesgada y no siempre congruente en apariencia, en la defensa de las mujeres de su siglo, la misma que hizo frente con contundencia a una arraigada tradición de división de géneros en que la subordinación y sujeción patriarcal quedaba fuertemente amparada por la Iglesia y el trono, alianza en la que se originaba para ella –como republicana consciente que habría venido a ser– esa desigualdad de raíz honda y enredada, tan difícil de arrancar en la España en la que vivió.

La constitución de la personalidad «pensadora» de Rosario de Acuña –esforzada creyente en la naturaleza dual del ser humano, sin distinción de sexos– es importante, creo, para entender su brega personal en torno al reconocimiento de la igualdad entre los sexos, hasta abocar en su contundente afirmación de la autonomía de la mujer y de la importancia que tiene, desde el punto de vista individual y colectivo, el reforzar su autoestima, formación y construcción subjetiva. Contra lo único que se detendrá desconcertada Rosario de Acuña es ante la fuerza cruel –así viene a decirlo– «de esa ley del amor [sexual] que a tanto obliga, / y que manda, y preside, la indisoluble unión de dos conciencias»³⁰. Su desconcierto es claro, más de una vez, ante una *pasión* que ella también experimentaría de joven –una fuerza de arrastre superior a su preclaro entendimiento– y que, a pesar de su esfuerzo de racionalización, no habría sabido en su momento contener y embriar³¹. «Jamás seréis sus iguales siendo sus libertas», llegaría a decirles Rosario de Acuña a las mujeres que tan atentas la escuchaban, para negar ante ellas la conveniencia de aceptar del varón ningún tipo de concesión emancipadora, porque lo creía de dudoso beneficio para las propias mujeres.

Y, al contrario, aquel triunfo del esfuerzo propio de la mujer que aparecía como augurio de avance y progreso lento en sus primeros textos, en los años ochenta, creería verlo, sin embargo, Rosario de Acuña en puertas, a punto de alcanzarse, ya en su vejez, en el periodo abierto por la guerra europea. Venía convencida del refuerzo real de la acción de las mujeres desde los años previos a la guerra –era consciente de los logros y avances en la vida social y cultural–,

³⁰ «Sentir y pensar. Poema cómico», firmado en 1880 y publicado en 1884, con dedicatoria fechada en este último año.

³¹ Discretamente lo evoca así años después, a finales de 1888, cuando habla para la loggia femenina Hijas del Progreso a propósito del amor de la mujer, comparándolo con una piedra arrojada en las aguas tranquilas de una laguna: «Al choque salta en su corazón el amor sexual, primer círculo, primera esfera de las vibraciones del amor. Nada de armonía, nada de mesura reflexiva en aquel circuito moviente; toda la vida femenina aparece insuficiente para contener aquella onda. Apenas calmada, brota de ella el amor maternal, esfera más suave, mejor contorneada en el nivel de la existencia femenina, después [...], ¡nada!».

y sospechaba que era posible ir más allá de aquello a lo que obligaba su fe masónica. Por eso anima otra vez a sus escuchas, mujeres, a pensar –y a hacerlo por su cuenta–, cuando se dirigía a la logia femenina Hijas del Progreso, a finales de 1888: «Tengamos conciencia de nosotras mismas, les dice; poseamos la seguridad de nuestra valía, la convicción de nuestra insustituible influencia en el perfeccionamiento de las razas, en la grandeza de los Estados, en la supremacía de las civilizaciones...». Poco tiempo después aclarará, hablando esa vez en el *Fomento de las Artes* madrileño, que ella distingue *dos tipos de virilidad*, la de la inteligencia y la del corazón, y que esos dos tipos incumben tanto al hombre como a la mujer. (Justo ahí mismo dirá también que «el hombre es la mitad de la mujer...», y que la mujer es, de hecho, superior al varón...).

Aunque nunca debemos olvidar que, para Rosario de Acuña, el remedio a una situación de desigualdad que cada día percibe más clara no consistirá en elevar a la mujer a las mismas tareas «públicas» que hace el hombre, ni aceptar nada que este le quiera «dar», porque ello daría origen a un debilitamiento del potencial que encierra el sexo femenino: «Nosotras no debemos esperar nada sino de nosotras mismas». Y por eso, añade, «mi voz se dirige a vosotras no con el propósito de levantar una bandera ridícula y contraproducente que nos emancipe en las exterioridades, sino con el empeño de que nuestras inteligencias sacudan su letárgica quietud».

Los movimientos revolucionarios de la primera década del siglo XX en Rusia y el activo papel que asumieron las mujeres en ellos, así como su participación decisiva en los procesos productivos durante la primera guerra mundial, inclinarían a Rosario de Acuña en una dirección de total entrega a la causa femenina por ver en la mujer a la redentora de la humanidad, poniendo su palabra al servicio de su causa, ya rotundamente. Y si en los primeros tiempos de su apuesta por la igualdad de sexos habían influido en ella en cuanto a la diferencia sexual lecturas no tanto feministas como «científicas», además de su propia experiencia personal, lo cierto es que sus vivencias, no siempre confortables, dentro de la masonería de adopción, extremarían y definirían su pensamiento, así como el contacto con el feminismo librepensador desplegado desde Gracia, en Barcelona. Con Ángeles López de Ayala, en especial, habría sellado su relación más estrecha de amistad femenina, sellada con un pacto recíproco de ritualismo civil librepensador³².

³² M.^a Dolores Ramos, «Feminismo laicista: voces de autoridad, mediaciones y genealogías en el marco cultural del modernismo», en *Feminismos y antifeminismos: culturas políticas*

Al final de su vida, casi treinta años después de ese acercamiento iluminador, Rosario de Acuña gritaría sin reparos que el camino hacia el progreso de la humanidad (en el que ella creía a pie juntillas, no solo por obediencia masónica sino por una auténtica convicción interior) se hallaba finalmente repleto de mujeres. Dicho de otra manera: en los primeros años de la guerra mundial la anciana escritora piensa, y afirma convencida, que en manos de la mujer está la *redención* universal, una regeneración que apuntaba en el horizonte. Seguiría pensando siempre, a pesar de todo, que la tarea regeneradora de la mujer partía de su hogar, y que desde allí se expandía hacia afuera. Lo había expresado también, en 1888, ante aquel auditorio de librepensadoras que asistían a la instalación de una logia femenina:

[...] amemos la vida como es, múltiple, compleja, varia, evolucionando en continuada serie de perfecciones hacia un porvenir inmedible, aceptemos con regocijo nuestro papel de esposas y de madres, con entusiasmo nuestra misión de patricias, con religiosa piedad nuestra misión de humanas³³.

Su evolución progresiva de ideas y de prácticas respecto a la igualdad sexual da cuenta, de ese modo, de una trayectoria personal que arranca de un pensamiento sobre la mujer que no es del todo original, ilustrado y deísta, basado en la idea esencial de que hombre y mujer comparten la misma naturaleza espiritual al nacer, porque sus almas o conciencias proceden de una misma emanación trascendente, y que sería solamente la educación recibida, en su socialización –la familia, la escuela sobre todo– la que los distanciase. Con el tiempo, Acuña llegará a un feminismo más sólido y armado, confiando en el progreso del perfeccionamiento individual a través de la auto-educación, y pone en manos de sus sucesoras –de las nietas, más que de las hijas– la realización plena de una emancipación futura de la humanidad, mujeres y hombres en plano de igualdad. Una esperanza basada en hechos ciertos de emancipación material que iban desarrollándose en su entorno, y que Rosario de Acuña depositó al final, de modo expreso, y como tarea principal,

e identidades de género en la España del siglo XX, ed. por Ana Aguado y Teresa Ortega (Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2011), 21-44; Díaz Marcos, Ana María y Helena Pérez Establier. «Rosario de Acuña y Ángeles López de Ayala: escritura y pactos contra el dogma». *Arbor. Ciencia. Pensamiento. Cultura*, n.º 796 (abril-junio 2020): a549. DOI: <https://doi.org/10.3989/arbor.2020.796n2002>.

³³ Ver al respecto Ana María Díaz Marcos, «Misión de patricias. Emancipación, empoderamiento y sororidad», en *Leyendo a Rosario de Acuña en su centenario. Visiones finiseculares para nuestro milenio*, ed. por Solange Hibbs-Lissorgues (Madrid: Dykinson, 2023), 93-123.

en las mujeres proletarias, aquellas a las que ella misma veía cada día en la Asturias minera y campesina a la que se había ido a vivir, y –mirando hacia afuera– sobre cuyos hombros estaba recayendo todo el peso de la economía de guerra y los cuidados. Lo mismo harían, años más tarde, otras mujeres de talento y cuidada formación, pero también desclasadas como la propia Rosario de Acuña, mujeres que treinta años después creerían, como aquella creyó, en una «redención» de la humanidad a cargo solo, o principalmente, de las fuertes mujeres del pueblo. A sus seguidoras socialistas, mujeres que entonces la aplaudían y la respetaban, Rosario de Acuña, pionera de aquella convicción en 1916, les había dicho con rotundidad: «Solo vosotras, mujeres proletarias», seréis capaces de redimir la humanidad, porque mientras el hombre estaba luchando entonces con las armas, ellas daban y creaban la vida, tanto espiritual como material:

Vosotras, mitad humana, apartadas de la masculinidad por un largo trabajo de perversión, hecho a conciencia por religiones, leyes y costumbres, habéis recuperado de un solo empuje vuestro sitio verdadero, recogiendo de las manos de la fiera que mata el cetro de la mano que crea. Y hoy, la civilización entera pesa sobre vuestros hombros, que están demostrando magníficamente que pueden contenerla³⁴.

Pero no quedaría completo el cuadro de lo que Rosario de Acuña pensaba por entonces a propósito de la igualdad y la desigualdad entre hombre y mujer, en la España de su tiempo, si no añadiéramos un componente esencial de su rebeldía contra el dominio absoluto del varón. Imbuida como estaba por entonces no solo de una arraigada y creciente ideología *degeneracionista* –que pesa decisivamente en su consideración biologicista–, en coherencia estrecha con los aires de la época y con el temor pavoroso a la inestabilidad de géneros y una supuesta feminización del varón –algo de lo que su pensamiento ya había dado muestras, crudas y contundentes, al menos desde 1910–, Rosario de Acuña retomará el asunto, tan querido para ella, de esa *virilidad* (entendida como fortaleza de carácter) que ella consideraba en decadencia entre la juventud masculina española. Esta será su aplicación al caso nacional en 1917, y así lo escribirá sin ambages en la publicación semanal de su hermana masona Ángeles López de Ayala:

Mas solo la mujer fuerte y consciente, seria y abnegada, será capaz de domar, de domesticar y de cultivar esta raza celtíbera en completa caída de

³⁴ «Para *Acción Fabril* en el Primero de mayo de 1916», firmado en Gijón, 26 de abril de 1916.

regresión, solo ella, la mujer, la eterna e inagotable fuente de amor, podrá ir anegando en cristalinos y dulces raudales las pinchantes asperezas que embrutecen el espíritu de nuestros compatriotas. Solo la mujer fuerte, consciente, de voluntad templada en toda clase de renunciamentos podrá ir criando generaciones de hombres lo menos machos posible [...], y aplico esta frase en el sentido de que es preciso que el hombre pase más alto que el macho animal y llegue a ser el macho humano³⁵.

Referencias bibliográficas

- Álvarez Lázaro, Pedro. *Masonería y librepensamiento en la España de la Restauración (aproximación histórica)*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1985.
- Arkinstall, Christine. *Spanish Female Writers, and the Freethinking Press, 1879-1926*. Toronto: University of Toronto Press, 2014.
- Arkinstall, Christine. *Women on War in Spain Long Nineteenth Century. Virtue, Patriotism, Citizenship*. Toronto: University of Toronto Press, 2023.
- Bolado García, José, ed. *Rosario de Acuña. Obras reunidas*, 5 volúmenes. Oviedo: KRK Ediciones-Ayuntamiento de Gijón-Instituto Asturiano de la Mujer, 2007-2009.
- Bolado García, José. «Introducción: Rosario de Acuña, escritora y vida aventurada». En *Rosario de Acuña. Obras reunidas*. Vol. I. *Artículos (1881-1887)*, 23-63. Oviedo: KRK Ediciones-Ayuntamiento de Gijón-Instituto Asturiano de la Mujer, 2007.
- Capel, Rosa María, ed. *Acción y voces de mujer en el espacio público*. Madrid: Abada, 2021.
- Díaz Marcos, Ana María. «Misión de patricias. Emancipación, empoderamiento y sororidad». En Solange Hibbs-Lissorgues, *Leyendo a Rosario de Acuña en su centenario. Visiones finiseculares para nuestro milenio*, 93-123. Madrid: Dykinson, 2023.
- Díaz Marcos, Ana María y Helena Pérez Establier. «Rosario de Acuña y Ángeles López de Ayala: escritura y pactos contra el dogma». *Arbor. Ciencia. Pensamiento. Cultura*, n.º 796 (abril-junio 2020): a549. DOI: <https://doi.org/10.3989/arbor.2020.796n2002>.
- Eakin, Paul John. «Vivre dans l'histoire. Autobiographie, Memoir(s) et Mémoires». En *Le Sens du passé: pour une nouvelle approche des mémoires*. Études réunies et présentés par Marc Hersant, Jean-Louis Jeannelle et Damien Zanone, 351-361. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2013.
- Esparcia, José Luis. *El ferrocarril de Pinto: 170 años de progreso*. Pinto: Ayuntamiento, 2021.

³⁵ *El Gladiador del Librepensamiento*, 17 de febrero de 1917.

- Esparcia, José Luis, Antonio García Menéndez *et al.* *Rosario de Acuña y Villanueva (1850-1923). Vigencia de una pensadora*. Pinto: Seminario de Historia Local de Pinto, 2023.
- Espigado, Gloria. «Preparando el camino de la emancipación: voces críticas y acción colectiva femenina en el XIX». En *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas: resistencias femeninas en la España moderna y contemporánea*, coordinado por Mercedes Yusta e Ignacio Peiró, 85-113. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2015.
- Fernández Riera, Macrino. <https://rosariodeacu.blogspot.com/>.
- Fernández Riera, Macrino. <https://www.rosariodeacuna.es/obras/>.
- Fernández Riera, Macrino. *Rosario de Acuña. Actualidad y legado en el año de su centenario*. Gijón, Impronta, 2023.
- García Moscardó, Ester. *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*. Granada: Comares, 2021.
- Hernández Sandoica, Elena. «Rosario de Acuña (1850-1923). La escritura y la vida». En *Política y escritura de mujeres*, editado por Elena Hernández Sandoica, 171-328. Madrid: Abada, 2012.
- Hernández Sandoica, Elena. «El poder ambidiestro del lenguaje: injuria, género y sexualidad en “La jarca de la universidad” de Rosario de Acuña, 1911». En *Espacio público y espacio privado. Miradas desde el sexo y el género*, editado por Elena Hernández Sandoica, 95-169. Madrid: Abada, 2016.
- Hernández Sandoica, Elena, ed. *Rosario de Acuña. Hipatia (1850-1923). Emoción y razón*. Madrid: Abada, 2019.
- Hernández Sandoica, Elena. «La maternidad espiritual de Rosario de Acuña. Cartas de guerra e intimidad epistolar». En *Rosario de Acuña. Hipatia (1850-1923). Emoción y razón*, editado por Elena Hernández Sandoica, 233-280. Madrid: Abada, 2019.
- Hernández Sandoica, Elena. «Biografía de mujeres y giro subjetivo». En *Acción y voces de mujer en el espacio público*, editado por Rosa María Capel, 31-81. Madrid: Abada, 2021.
- Hernández Sandoica, Elena. «Voces y silencios de Rosario de Acuña». *Baetica. Estudios de Historia moderna y contemporánea*, n.º 41 (2021): 295-335. <https://doi.org/10.24310/BAETICA.2021.vi41.13387>.
- Hernández Sandoica, Elena. «Rosario de Acuña y Villanueva (1850-1923): librepensadora, masona, republicana, filo-socialista y santa laica». En *Pioneras en la España contemporánea. La lucha de las mujeres por su emancipación*, editado por Ana Martínez Rus y Rubén Pallol, 19-52. Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 2022.
- Hernández Sandoica, Elena. *Rosario de Acuña. La vida en escritura*. Madrid: Abada, 2022.

- Hernández Sandoica, Elena. «Poseer la palabra y anhelar la justicia. Autonomía femenina y librepensamiento en Rosario de Acuña (1850-1923)». *Crisol*, n.º 30 (2023). <https://crisol.parisnanterre.fr/index.php/crisol/article/view/615>.
- Hibbs-Lissorgues, Solange. «La naturaleza como vía de conocimiento y de regeneración en la obra de Rosario de Acuña (1850-1923)». En *La Naturaleza en la literatura española*, editado por Dolores Thion-Soriano Mollá, 183-212. Vigo: Academia del Hispanismo, 2011.
- Hibbs-Lissorgues, Solange. «Camille Flammarion en España: vulgarización científica y poética de la ciencia». En *Los discursos de la ciencia y la literatura en España (1875-1906)*, editado por Solange Hibbs y Carole Fillière, 321-347. Vigo: Academia del Hispanismo, 2015.
- Hibbs-Lissorgues, Solange. «Rosario de Acuña y la literatura francesa: un viaje por el alma y la naturaleza». En *Rosario de Acuña. Hipatia (1850-1923). Emoción y razón*, editado por Elena Hernández Sandoica, 199-231. Madrid: Abada, 2019.
- Hibbs-Lissorgues, Solange (edición e introducción). *Leyendo a Rosario de Acuña en su centenario. Visiones finiseculares para nuestro milenio*. Madrid: Dykinson, 2023.
- Palà, Albert. *Viure l'anticlericalisme. Una història cultural del lliure pensament català (1868-1923)*. Catarroja: Afers, 2019.
- Pineda Cachero, Antonio. «Propaganda y literatura: *El padre Juan*, de Rosario de Acuña». *Comunicación: revista internacional de Audiovisual, Publicidad y Estudios culturales*, n.º 1 (2002): 217-246.
- Ramos, M.ª Dolores. «La República de las librepensadoras (1890-1914): laicismo, emancipismo, anticlericalismo». *Ayer*, n.º 60 (2005.4): 45-74
- Ramos, M.ª Dolores. «Feminismo laicista: voces de autoridad, mediaciones y genealogías en el marco cultural del modernismo». En *Feminismos y antifeminismos: culturas políticas e identidades de género en la España del siglo xx*, editado por Ana Aguado y Teresa María Ortega, 21-44. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2011.
- Rideout, Judith. *Women's Writing Networks in Spanish Magazines around 1900*. PhD tesis, University of Glasgow, 2017. <https://theses.gla.ac.uk/7859/>.
- Sánchez Collantes, Sergio. «El republicanismo libre de Rosario de Acuña (1850-1923): ni adjetivos, ni dogmas, ni rediles». En *Activistas, militantes y propagandistas: biografías en los márgenes de la cultura republicana (1868-1978)*, coordinado por Eduardo Higuera, Rubén Pérez y Julián Vadillo, 183-208. Sevilla: Athenaica, 2018.
- Serna, Justo y Anacleto Pons. *La ciudad futura. Viajes por la Europa burguesa*. Valencia: Barlin libros, 2022.

- Simón Palmer, María del Carmen. *Escritoras españolas del siglo XIX. Manual bibliográfico*. Madrid: Castalia, 1991.
- Simón Palmer, María del Carmen. «Introducción» a *Rienzi el Tribuno, El padre Juan, teatro*, de Rosario de Acuña y Villanueva. Madrid: Castalia-Instituto de la Mujer, 1990. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmch99s2>.
- Turc-Zynopoulos, Sylvie. «Rosario de Acuña: el teatro y la madre patriota en *La voz de la patria* (1893)». *Bulletin of Spanish Visual Studies* 5, n.º 2 (2021): 235-254. <https://doi.org/10.1080/24741604.2021.1873608>.
- Turc-Zynopoulos, Sylvie. «Aproximación a *El padre Juan* (1891) de Rosario de Acuña desde el manual de conducta de la literatura de la domesticidad». *Crisol*, n.º 27 (2023). <https://crisol.parisnanterre.fr/index.php/crisol/article/view/565>.
- Winter, Jay. *Sites of Memory, Sites of Mourning*, Cambridge: Cambridge University Press, 1995.